

ciaban que los franceses disponian una expedicion contra aquella provincia, y era preciso no desaprovechar tan preciosos momentos. Cartagena suministró inmediatos recursos, y con ellos y los que pudieron sacarse del propio suelo, se puso la ciudad de Valencia en estado de defensa. Al mismo tiempo se dirigió sobre Almansa un cuerpo de 15,000 hombres al mando del conde de Cervellon, á quien se juntó de Murcia Don Pedro Gonzalez de Llamas, y otro de 8000 bajo las de Don Pedro Adorno se situó en las Cabrillas. Tal estaba el reino de Valencia ántes de ser atacado por el mariscal Moncey, de cuya campaña nos ocuparemos despues.

La justa indignacion abrigada en todos los pechos, bullia con acelerados latidos en el de los moradores del antiguo asiento de las franquezas y libertades españolas, en la inmortal Zaragoza. Gloria duradera le estaba reservada, y la patria de Lanuza renovó en nuestros dias las proezas que solemos colocar entre las fábulas de la historia. Su levantamiento, sin embargo, nada ofreció de nuevo ni singular, caminando por los mismos pasos por donde habian ido algunas de las otras provincias. Con mayo empezaron los corrillos y las conversaciones populares, y al recibirse el correo de Madrid, agrupábanse las gentes á saber las novedades que traia. Siendo por momentos mas tristes y adversas, aguardaban todos que la inquieta curiosidad finalizaria por una estrepitosa explosion. Re-partieron en efecto el 24 las cartas llegadas por la

Levantamiento de Aragón.

mañana, y de boca en boca cundió velozmente cómo Napoleon se erigia en dueño de la monarquía española de resultas de haber renunciado la corona en favor suyo la familia de Borbon. Instantáneamente se armó gran bulla; y hombres, mugeres y niños se precipitaron á casa del capitán general Don Jorge Juan de Guillelmi. Los vecinos de las parroquias de la Magdalena y San Pablo concurrieron en gran número capitaneados por varios de los suyos, y entre ellos el tio Jorge, que era del arrabal. Descolló el último sobre todos, y la energía de su porte, el sano juicio que le distinguia, lo recto de su intencion, y el varonil denuedo con que á cada paso espuso despues su vida, le hacen acreedor á una honrosa y particular mencion. Hombre sin letras y desnudo de educacion culta, halló en la nobleza de su corazon y como por instinto, los elevados sentimientos que han ilustrado á los varones esclarecidos. Su nombre aunque humilde, escrito al lado de ellos, resplandecerá sin deslucirlos.

La muchedumbre pidió al capitán general que hiciera dimision del mando. Costó mucho que se resolviese al sacrificio; mas forzado á ello y conducido preso á la Aljafería, fué interinamente substituido por su segundo el general Mori. Al anochecer se embraveció el tumulto, y desconfiándose del nuevo gefe por ser italiano de nacion, se convidó con el mando á Don Antonio Cornel, antiguo ministro de la guerra, quien rehusó aceptarle.

Mori el 25 congregó una junta, la cual tímida co-

mo su presidente, buscaba paliativos que sin desdoro ni peligro sacasen á sus miembros del atascadero en que estaban hundidos: inútiles y menguados medios en violentas crisis. Enfadóse el pueblo con la tardanza, volviendo sus inquietas miradas hácia Don José Palafox y Melci. Recordará el lector que este militar á últimos de abril, en comision de su gefe el marqués de Castelar, habia ido á Bayona para informar al rey de lo ocurrido en la soltura y entrega del príncipe de la Paz. Continuó allí hasta los primeros dias de mayo, en que se asegura regresó á España con encargo parecido al que por el propio tiempo se dió á la junta suprema de Madrid para resistir abiertamente á los franceses. Penetró Palafox por Guipúzcoa, de donde se trasladó á la torre de Alfranca, casa de campo de su familia cerca de Zaragoza. Permaneciendo misteriosamente en su retiro, movió á sospechá al general Guillelmi, quien le intimó la órden de salir del reino de Aragon. Tenemos entendido que Palafox incomodado entónces, se arrimó á los que anhelaban por un rompimiento, y que no sin noticia suya estalló la revolucion zaragozana. Por fin, al obscurecer del 25, dispuesto ya Guillelmi y quejoso el pueblo de Mori, se despacharon á Alfranca 50 paisanos para traer á la ciudad á Palafox. Al principio se negó á ir aparentando disculpas, y solo cedió al expreso mandato que le fué enviado por el interino capitán general.

Al entrar en Zaragoza pidió que se juntase el

acuerdo en la mañana del 26 con intento de comunicarle cosas del mayor interes. En la sesion celebrada aquel dia, hizo uso de las insinuaciones que se le habian hecho en Bayona para resistir á los franceses, y sobre las cuales, á causa de estar S. M. en manos de su enemigo, se guardó profundo silencio. Rogó despues que se le desembarazase de la importunidad del pueblo que se manifestaba desconfianza de nombrarle por caudillo, añadiendo no obstante que su vida y haberes los inmolaria con gusto en el altar de la patria. Enmudecieron todos, y vislumbraron que no desagradaban á los oidos de Palafox los clamores prorumpidos por el pueblo en alabanza suya. Aguardaba la multitud impaciente á las puertas del edificio, é insistiendo por dos veces en que se eligiese capitán general á su favorecido, alcanzó la demanda, cediendo Mori el puesto que ocupaba.

Alzado á la dignidad suprema de la provincia D. José Palafox y Melci, fué obedecido en toda ella, y á su voz se sometieron con gusto los aragoneses de acá y allá del Ebro. Admiró su elevacion, y aunmas que en sus procedimientos no desmereciese de la confianza que en él tenia el pueblo. Todavía mancebo, pues apénas frisaba con los veintiocho años, bello y agraciado de rostro y de persona, con traeres apuestos y cumplidos, cautivaba Palafox la aficion de cuantos le veian y trataban. Pero si la naturaleza con larga mano le habia prodigado las perfecciones del cuerpo, no se creia hasta entónces

que hubiese andado tan generosa en punto á las dotes del entendimiento. Buscado y requerido por las damas de la corrompida corte de Carlos IV, se nos ha asegurado que con porfiado empeño desdeñó el rendimiento obsequioso de la que entre todas era, si no la mas hermosa, por lo ménos la mas elevada. Esta tenacidad fué una de las principales calidades de su alma, y la empleó mas oportuna y dignamente en la memorable defensa de Zaragoza. Sin práctica ni conocimiento de la milicia ni de los negocios públicos, tuvo el suficiente tino para rodearse de personas que por su enérgica decision, ó su saber y experiencia le sostuviesen en los apurados trances, ó le ayudasen con sus consejos. Tales fueron el padre D. Basilio Bogiero de la escuela pia, su antiguo maestro; D. Lorenzo Calvo de Rosas, que habiendo llegado de Madrid el 28 de mayo, fué nombrado corregidor é intendente, y el oficial de artilleria D. Ignacio Lopez, á quien se debió en el primer sitio la direccion de importantes operaciones.

Para legitimar solemnemente el levantamiento convocó Palafox á córtes el reino de Aragon. Acudieron los diputados á Zaragoza, y el dia 9 de junio abrieron sus sesiones¹ en la casa de la ciudad, asistiendo treinta y cuatro individuos que representaban los cuatro brazos, en cuyo número se comprendia el de las ocho ciudades de voto en córtes. Aprobaron estas todo lo actuado ántes de su reunion, y despues de nombrar á D. José Rebolledo de Palafox y Melci, capitan general, juzgaron prudente sepa-

(L. Ap. n. 6 bis.)

rarse, formando una junta de seis individuos que de acuerdo con el gefe militar atendiese á la defensa comun. La autoridad y poder de este nuevo cuerpo fueron mas limitados que el de las juntas de las otras provincias, siendo Palafox la verdadera, y por decirlo así la única cabeza del gobierno. Dependió no poco esta diferencia de la particular situacion en que se halló Zaragoza, la cual, temiendo ser prontamente acometida por los franceses, necesitaba de un brazo vigoroso que la guiase y protegiese. Era esto tanto mas urgente, cuanto la ciudad estaba del todo desabastecida. No llegaba á 2000 hombres el número de tropas que la guarnecian, incluso los miñones y partidas sueltas de bandera. De doce cañones se componia toda la artillería, y esta no gruesa, escaseando en mayor proporcion los otros pertrechos. En vista de tamaña miseria apresuráronse Palafox y sus consejeros á reunir la gente que de todas partes acudia, y á organizarla, empleando para ello á los oficiales retirados y á los que de Pamplona, S. Sebastian, Madrid, Alcalá y otros puntos sucesivamente se escapaban. Restableció en la formacion de los nuevos cuerpos el ya desusado nombre de tercios, bajo el que la antigua infantería española habia alcanzado tantos laureles, distinguiéndose mas que todos el de los estudiantes de la universidad, disciplinado por el baron de Versages. Se recogieron fusiles, escopetas y otras armas, se montaron algunas piezas arrinconadas ó viejas, y la fábrica de pólvora de Villafeliche suministró muni-

ciones. Escasos recursos si á todo no hubiera suplido el valor y la constancia aragonesa.

El levantamiento se ejecutó en Zaragoza sin que felizmente se hubiese derramado sangre. Solamente se arrestaron las personas que causaban sombra al pueblo.

Enérgico como los demas, fué en especial notable su primer manifiesto por dos de los artículos que comprendia. „1.º Que el emperador, todos los indios, viduos de su familia, y finalmente, todo general frances, eran personalmente responsables de la seguridad del rey y de su hermano y tio. 2.º Que „en caso de un atentado contra vidas tan preciosas, „para que la España no careciese de su monarca, „usaria la nacion de su derecho electivo á favor del „archiduque Carlos, como nieto de Carlos III, siempre que el príncipe de Sicilia y el infante D. Pedro y demas herederos no pudiesen concurrir.” Echase de ver en la cláusula notada con bastardilla que al paso que los aragoneses estaban firmemente adictos á la forma monárquica de su gobierno, no se habian borrado de su memoria aquellos antiguos fueros que en la junta de Caspe les habian dado derecho á elegir un rey, conforme á la justicia y pública conveniencia.

Levantamiento de Cataluña.

„Cataluña, como dice Melo, una de las provincias de mas primor, reputacion y estima que „se halla en la grande congregacion de estados y „reinos, de que se formó la nacion española,” levantó erguida su cerviz humillada por los que con fe-

mentido engaño habian ocupado sus principales fortalezas. Mas desprovistos los habitantes de este apoyo, sobre todo del de Barcelona, grande é importante por el armamento, vestuario, tropa, oficialidad y abundantes recursos que en su recinto se encerraban, faltóles un centro de donde emanasen con uniforme impulso las providencias dirigidas á conmover las ciudades y pueblos de su territorio. No por eso dejaron de ser portentosos sus esfuerzos, y si cabe, en ellos y en admirable constancia sobrepujo á todas la belicosa Cataluña. Solamente obstruida y cortada por el ejército enemigo, tuvo al pronto que levantarse desunida y en separadas porciones, tardando algun tiempo en constituirse una junta única y general para toda la provincia.

Las conmociones empezaron á últimos de mayo y al entrar junio. Dentro del mismo Barcelona se desgarraron el 31 de aquel mes los carteles que proclamaban la nueva dinastía. Hubo tumultuosas reuniones, andúvose á veces á las manos, y resultaron muertes y otros disgustos. Los franceses se inquietaron bastantemente, ya por lo populoso de la ciudad, y ya tambien porque el vecindario amotinado hubiera podido ser sostenido por 3500 hombres de buena tropa española, que todavía permanecian dentro de la plaza, y cuyo espíritu era del todo contrario á los invasores. Sin embargo, acalláronse allí los alborotos, pero no en las poblaciones que estaban fuera del alcance de la guerra francesa.

• Habia Duhesme, su general, pensado en hacerse

dueño de Lérida para conservar francas sus comunicaciones con Zaragoza. Consiguió al efecto una orden de la junta de Madrid, ya no débil, pero sí culpable, la cual ordenó la entrega á la tropa extranjera. Cauto sin embargo el general frances, envió por delante al regimiento de Extremadura, que no pudiendo como español despertar las sospechas de los leridanos, le allanase sin obstáculo la ocupacion. Penetraron, no obstante, aquellos habitantes intencion tan siniestra, y haciendo en persona la guardia de sus muros, rogaron á los de Extremadura que se quedasen afuera. Con gusto condescendieron estos aguardando en la villa de Tárrega favorable coyuntura para pasar á Zaragoza, en cuyo sitio se mantuvieron firmes apoyos de la causa de su patria. Lérida por tanto fué la que primero se armó y declaró ordenadamente. Al mismo tiempo Manresa quemó en público los bandos y decretos del gobierno de Madrid. Tortosa luego que fué informada de las ocurrencias de Valencia, imitió su ejemplo y por desgracia algunos de sus desórdenes, habiendo perecido miserablemente su gobernador D. Santiago de Guzman y Villoria. Igual suerte cupo al de Villa-franca de Panadés D. Juan de Toda. Asi todos los pueblos unos tras de otros ó á la vez se manifestaron con denuedo, y allí el lidiar fué inseparable del pronunciamiento. Yendo uno y otro de compañía, nos reservaremos pues el hablar mas detenidamente para cuando lleguemos á las acciones de guerra. El principado se congregó en junta de

todos sus corregimientos á fines de junio, y se escogió entónces para su asiento la ciudad de Lérida.

Separadas por el mediterráneo del continente español las Islas Baleares, no solo era de esperar que desconociesen la autoridad intrusa, resguardadas como lo estaban y al abrigo de sorpresa, sino que tambien era muy de desear que abrazasen la causa comun, pudiendo su tranquilo y aislado territorio servir de reparo en los contratiempos, y dejando libres con su declaracion las fuerzas considerables de mar y tierra que allí habia. Ademas de la escuadra surta en Menorca, de que hemos hablado, se contaban en todas sus islas unos 10,000 hombres de tropa reglada, cuyo número, atendiendo á la escasez que de soldados veteranos habia en España, era harto importante.

Notáronse en todas las Baleares parecidos síntomas á los que reinaban en la península, y cuando se estaba en dudas y vacilaciones, arribó de Valencia el 29 de mayo un barco con la noticia de lo ocurrido en aquella ciudad el 23. El general, que lo era á la sazón Don Juan Miguel de Vives, en union con el pueblo, mostróse inclinado á seguir las mismas huellas; pero se retrajo en vista de pliegos recibidos de Madrid pocas horas despues, y traídos por un oficial frances. Hizole titubear su contenido, y convocó el acuerdo para que juntos discurriesen acerca de los medios de conservar la tranquilidad. Se traslució su intento, y por la tarde una porcion de jóvenes de la nobleza y oficiales forma-

Levantamiento de las Baleares.